

"ENTRA, SIERVO BUENO Y FIEL..."

Los cortinajes del más vivo carmesí, como para día de gran gala, debieron adornar sin duda los pórticos de la gloria cuando asomó a sus umbrales—donde se le esperaba con regocijo necesariamente unánime—el primer Cardenal mártir de la historia moderna del Cristianismo: Monseñor LUIS STEPINAC, Arzobispo de Zagreb y Primado de Croacia. Hacía largas décadas que un purpurado como este—doblemente purpurado, por la dignidad cardenalicia y por las torturas de su prolongado martirio—no escalaba con tan grácil cuanto enérgico vuelo las cumbres del emperio...

Toda la excelsa orquestación y el más nutrido coro de las angélicas voces debieron rasgar el ambiente celestial en brillantísimo "tutti", que en emocionada bienvenida saludaba con las palabras del propio Jesucristo, a aquel Cardenal acabado de salir de las cárceles de la tiranía de un régimen marxista: "Entra, siervo bueno y fiel..."

Porque eso ha sido Stepinac. Esa ha sido la síntesis perfecta y brillante de su tránsito por la tierra, en las filas del clero de Jesucristo: ha sido el servidor BUENO Y FIEL de la Iglesia Católica, de su Patria, y de las queridísimas ovejas del rebaño que un día debió apacentar.

BUENO siempre; a toda hora, en toda circunstancia—por dura que fuese—, bueno con todos, sin distinción de raza, ni de credo, ni de posición... Su caridad era plenamente universal; amparador valiente de los judíos perseguidos de muerte por el nazismo; voz de protesta clara aún frente a sus propios compatriotas cuando cegados por un exagerado nacionalismo desbordaron la ley de la justicia y de la hermandad universal de los hijos de Dios; organizador eficiente de las obras sociales y de caridad, cuya dirección suprema quiso reservarse en medio de sus otras muchas tareas.

FIEL a su deber pastoral, a las graves responsabilidades de una de las etapas más tormentosas y amargas de la Iglesia; fiel por encima de todo a Cristo, en la persona de su Vicario en la tierra, el Papa. "Podéis hacer de mí lo que queráis, pero mi conciencia está en paz, pues soy inocente de cuanto me acusáis", dijo serenamente ante el pilatesco tribunal que lo sentenciaba a dieciséis años de prisión. Pero la maquinación diabólica de sus perseguidores no logró ni con tormentos, ni con malignas sugerencias de indecorosa libertad, doblegar lo más mínimo aquella voluntad acerada y rectísima. Y por eso rehusó con altiva dignidad de mártir una libertad que implicara su salida del aprisco y el abandono de su rebaño. "Me someto de un todo a lo que mi único Superior en la tierra, el Papa, me ordene", fue su única respuesta. Y el Papa le dejó en absoluta libertad para que procediese a hacer lo que creyera de mayor servicio de la Iglesia. Y Stepinac se quedó entre sus ovejas, consolándolas con su presencia de cautivo, y estimulándolas con la firmeza de su ejemplo. Pero la tiranía no se dió el gusto ni de verlo flaquear o claudicar, ni siquiera de ver que se cumplía hasta el fin la injusta sentencia. Dos años faltaban todavía; pero antes de que transcurrieran, sonaron a gloria y a aleluyas las campanas de la eternidad, y arrebuñado serena y gallardamente en su capa cardenalicia, tinta en sangre de mártir, Su Eminencia Luis Stepinac—dejando en rabiosa estupefacción a sus perseguidores—, y obedeciendo a la llamada suprema del Proto-Cardenal del Calvario, Jesucristo, ha ido a celebrar las bodas del Cordero Celestial. Y desde allí, más y mejor que nunca velará e intercederá, con ilimitada y perfecta caridad, por su atribulado pueblo y por toda la Iglesia.

PEDRO P. BARNOLA, S. J.